

Entrevista a Eliécer Almaguer acerca de su novela *El planeta rojo*

BONNIE GASIOR
CALIFORNIA STATE UNIVERSITY, LONG BEACH

Eliécer Almaguer (Holguín, 1982) y yo nos encontramos para editar esta entrevista en un Starbucks que está a la mitad de camino entre nuestras casas; como buen cubano, le gusta el café y la conversación. Acude puntualmente a la cita, en realidad ha llegado minutos antes que yo, en una ocasión me dijo que practicaba una puntualidad inglesa, “algo raro en los cubanos”, confesó mientras sonreía. Agradezco en esta breve introducción a Eliécer o Cheché, el niño personaje de su novela y que, de acuerdo con la crítica, y confirmado por el propio autor, es el alter ego de su infancia. Constituye un privilegio entrevistarle con motivos de su primera novela, ópera prima que ha hecho entrar a Eliécer con buenos pies en el mundo de la narrativa, pues su nueva obra *El torso de vinilo*, acaba de salir a la luz por la editorial española Verbum.

Eliécer se recibió en agosto de su programa de maestría en Literatura y Lenguas Romances en la Universidad Estatal de California en Long Beach, donde soy catedrática. Para mí, esta es una oportunidad única, ya que, siendo profesora de la temprana edad moderna, no tengo la posibilidad de entrevistar a los escritores que estudio, aunque confieso que mentalmente viajo muchas veces en el tiempo, y hago sendas entrevistas a Sor Juana y Lope de Vega. Además, ¿cuántos profesores pueden ostentar que un alumno es novelista?

Para finalizar, espero que esta entrevista ayude a los lectores a conocer un poco más acerca de la vida y obra de Eliécer, sobre sus obsesiones a la hora de enfrentarse a la página en blanco. Los lectores advertirán que Eliécer da respuestas certeras, meditadas, trazadas con la misma exactitud y belleza que sus personajes. Le llamé la atención sobre esto y mi entrevistado me ofreció la más poética de las respuestas: “ese es el verdadero trabajo de los poetas, resumir el mundo en un puñadito de palabras”. Aquí les dejo las palabras de Eliécer.

B.G.- El título de tu novela es evocador: recuerda a la guerra, la masculinidad, la violencia, y la sexualidad, gracias a la mitología griega y romana. Estos también son temas que abundan en tu novela. ¿Puedes elaborar un poco sobre la elección del título?

E.A.- La novela originalmente iba a llamarse *Cheché y el muchacho de los platinos en la cabeza*, pero en algún punto me pareció un título demasiado descriptivo, que se ajustaba más a la idea inicial de escribir una novela para niños y adolescentes, y *El planeta rojo*, aunque se trate de una obra narrada por un chico de once años, dista mucho de ser un texto para niños. Así que, luego de meditarlo, percibí que la imagen de ese planeta incandescente circundaba toda la trama. Cheché es un niño que explora su sexualidad, a flor de piel, en carne viva, a la par que construye su visión del mundo, guiado por los personajes del abuelo y de Don Cornelio, aunque, en mi caso, asocio más *El planeta rojo* como metáfora de la infancia, porque, en tal sentido, hablamos de un universo desconocido, inexplorado, o explorado a medias. Pocos autores se han atrevido a adentrarse profundamente en el territorio bello y a la par monstruoso de la infancia, menos desde la mirada del niño; usualmente se suele hacer el ejercicio literario de memorar nuestra infancia a través del catalejo distorsionado de los adultos.

B.G.- Hablando del título, es muy común que los niños inventen mundos paralelos (o máquinas de tiempo, en el caso de Cheché) para lidiar con acontecimientos difíciles o como escape. Pienso, por ejemplo, en Ofelia en la película *El laberinto del fauno*. Pero ese mundo paralelo de Cheché es igual de espantoso. ¿Por qué y qué implica?

E.A.- No creo necesario hacer escisiones entre sueño y vigilia; somos en igual medida lo que soñamos. La recreación del mundo, aunque no sea un elemento privativo de los niños, comienza en la infancia, quién sabe si antes, en las aguas informes del vientre materno, desde el velo del amnios. Existe un poema bellissimo del cubano Raúl Hernández Novás, cito de memoria, “en el velo del amnios buscaba conchas perdidas...” Precisamente esos mundos paralelos o realidades imaginarias forman parte de la búsqueda de cada ser humano. ¿Qué hemos perdido? Quizás a nosotros mismos, quizás vivir es perderse y el hombre solo volverá a reencontrarse cuando muera. El poeta no tiene respuesta alguna. Como la Ofelia de *El laberinto del fauno*, Cheché requiere la llave del tiempo para abrir mundos paralelos, pero, yo no entiendo completamente sus motivos, hay un punto ciego, una grieta donde creador y criatura se separan. Por otra parte, al hablar de mi novela también la recreo y al recrearla la deformato, al intentar explicar esos motivos, termino por distorsionarlos, y puede que acabe en igual medida mintiendo, pues conozco a Cheché como el ritmo de mi propia respiración.

B.G.- La inclusión de capítulos muy cortos y concentrados, pero con oraciones e imágenes complejas, pero a la vez “juveniles,” es interesante. ¿Tiene algo que ver con las limitaciones de un narrador tan joven?

E.A.- Yo no diría que se trata de un narrador con limitaciones; todo lo contrario, pues en literatura, lo que podemos entender como una limitación se convierte en su antónimo. Cheché es quien es, cristianamente, “yo soy el que soy”. No existen limitaciones intelectuales en un niño de once años, como tampoco físicas en un tullido, solo son formas diferentes de percibir el mundo, de nombrarlo o más bien renombrarlo.

B.G.- Cheché, según la portada, es tu “alter ego.” ¿Dónde termina Cheché y comienza Cheche? O sea, ¿dónde termina la ficción y empieza la realidad?

E.A.- Como explicaba anteriormente, vigilia y sueño, realidad y ficción, no son categorías antípodas sino complementarias, estoy vivo de una forma imposible dentro de las páginas de mi libro *El planeta rojo* es una obra de ficción autobiográfica, de manera que Cheché es en mayor o menor medida el niño que fui en esos años. Los personajes de mi novela fueron alguna vez seres de carne y hueso, como Primitiva Salazar, el nombre real de mi abuela materna, a quien nunca he conocido, pues abandonó a mi madre cuando ella tenía 2 años. ¿Qué es la realidad sino ficciones, reflejos, *matrioskas* que se anidan en un número infinito? Me gustaría ser tan inocente como Cheché, vivir con su pureza, pero soy un hombre que acaba de cumplir cuarenta años. Sobrevivo como puedo, a veces me siento un niño ovillado en el vientre materno, en ocasiones experimento la sensación ser tan viejo y sabio como Don Cornelio, y pronto, muy pronto seré todos, como en el gran poema de Borges, estaré muerto. Aunque tengo la esperanza de bailar antes unos cuantos rigodones.

B.G.- ¿Hasta qué punto es Cheche un producto de su entorno? ¿O crees que todos los niños tienen algo de Cheché?

E.A.- No sé, quizás todos los seres humanos tengan algo de Cheché. En mi novela exploro elementos sexuales, escatológicos, que se supone que un niño de once años no evidencie, o al menos reprima. Pero yo creo que todo eso se encuentra ahí, que despertamos tempranamente al mundo, y que ese despertar, esa curiosidad, llega con todo. Y somos seres sexuales, sin irnos al extremo freudiano, de lo contrario no requeriríamos la vehemente unión de nuestros sexos y nuestro mero sudor nos fecundaría. Nos hemos habituado a asociar la sexualidad con lo pecaminoso, sucio, como si debiéramos sentir asco de nuestros fluidos que son los fluidos naturales de la vida. Ah, lo que sí deberíamos aborrecer y condenar es cualquier anomalía monstruosa. Pienso en los pederastas, en los necrófilos. Que un niño explore y se explore naturalmente, resulta sano, incluso para evitar que

florezcan esos vicios malignos. Entiendo que no había ningún referente sexual explícito en tu pregunta, pero al hablar de mi entorno, y al tratarse de una pregunta abierta... Por supuesto, todo se halla condicionado por su entorno. En mi caso personal, la soledad de mi niñez al aire libre, las caminatas diarias al monte que me permitieron ser un niño en constante interacción con la naturaleza, vivirla, respirarla, convertirme en parte de ella. Supongo que alguien que viviese su infancia en un campo de reclusión nazi se convertiría en un monstruo diferente.

B.G.- La presencia de Cuba—sus modismos, su naturaleza, su gente—es palpable en la obra. Es decir, es una obra inconfundiblemente cubana. ¿Cuál ha sido la recepción de la obra en tu país?

E.A.- Indudablemente, Cuba se respira en mi obra, una Cuba también idealizada por los ojos de Cheché, vista desde la atalaya de su inocencia. Pero, a la hora de escribir, eso no pesa tanto, yo quería narrar la vida de este niño, que es, por supuesto, un niño cubano, aunque sus tristezas y alegrías resultan universales. En tu pregunta anterior, hacías referencia al entorno de Cheché, pues ninguna obra humana puede evadir ese entorno donde ha sido emplazada. En cuanto a la recepción en mi país, aunque se dice que nadie es profeta en su tierra, me parece que la novela ha sido muy bien recibida. De hecho, resultó ganadora de “La puerta de papel”, un reconocimiento que debería implicar su reimpresión. De igual manera, la recepción de una obra de arte es algo subjetivo, y preciso es que el tiempo añeje un poco nuestras escrituras.

B.G.- También en tu novela tiene un papel preponderante la religión o, mejor dicho, la dualidad de Dios/Jehová. Pero esta no es una obra religiosa sino más bien una transgresora y crítica. ¿Con qué fin?

E.A.- No creo que exista ninguna otra finalidad vital para una obra de arte que no sea la estética. Por supuesto, uno escribe, y la obra termina trascendiéndonos. Pero, considero importante que un narrador se limite a abrir las puertas de nuevos mundos frente a los ojos de sus lectores. Debe respetarse siempre la libertad de pensamiento del lector, su libre albedrío. Yo estoy creando un mundo tal cual, con sus errores y virtudes, no intento arreglarlo, solamente lo pongo al descubierto, con suerte, si mi trabajo se consuma con buen oficio, ese mundo funcionará bajo sus propias leyes. La dualidad Dios/Jehová como justamente le llamas, ha existido desde siempre en las mentes de esos hombres que no se conforman, podemos definirlo como transgresión, crítica, libertad individual. Aunque,

repito, el arte nunca debe escoger un bando o luchar por determinada causa. Mientras más se aleje de la política, será un arte más político y disidente.

B.G.- Hoy día la palabra “trauma” aparece en todas partes. La novela no es diferente en ese sentido. Varios personajes han sido traumatizados: Cheché (debido a la ausencia de su madre, dejándole huérfano); Osníber (el chico de platinos en la cabeza); Mireyita, la niña violada. De hecho, podríamos decir que casi todos los personajes han experimentado algo traumático en la vida. ¿Por qué tanto trauma? ¿Tiene más que ver con la realidad cubana o con la realidad del ser humano en general?

E.A.- Creo que esa es la realidad del ser humano en general, al respecto desembocan en mi memoria unos versos del poeta inglés T.S. Elliot: “este mundo nuestro no puede soportar mucha realidad.” Pero, ¿quieres algo más traumático y traumatizante? (tengo una pequeña niña de un año, la niña de mis ojos): que el hecho de que un joven hace algunas semanas, un muchacho de dieciocho años, que en la flor de su edad debería estar dando con inocencia sus primeros besos, acabe de asesinar a diecinueve niños de una escuela primaria en la ciudad de Texas y a dos de sus maestras. No estoy seguro de si las cifras acaban de aumentar, porque, tristemente, en eso nos hemos convertido, una cifra, una estadística fría en las páginas negras o amarillas de nuestros periódicos o en esa página de vacíos que constituye el ciberespacio. Tantos tiroteos masivos se reportan en este país a una velocidad que produce espasmos que nos acerca el vómito a la garganta. ¿Cómo no vivir traumatizados? Nuestra sociedad trata de ocultar estos traumas. En Cuba conozco casos de familias que sepultan la vergüenza por la viejo y gastada noción de la honra, puesto que muchas veces los propios familiares violan a sus hijas. Dios mío, tengo una niña, la amo tanto y a veces siento tamaño pavor de que haya nacido con genitales femeninos. Las mujeres sufren más en este mundo; vivimos en una sociedad tristemente regida por preceptos que deberían haber caducado ha siglos. Esos personajes traumatizados de mi novela representan una ínfima, media gota en el océano de los millones de seres contundidos y vejados de tantas formas inimaginables, impensables incluso para la mente fervorosa de un novelista. De una esquina a otra el mundo arde en llamas ansiosas. Por supuesto, necesitamos olvidar y apagar esas llamas en nuestras mentes para seguir viviendo, para continuar dentro de nuestras burbujas, pero el fuego cada día se acerca más al domo de confort en el que nos hemos encerrado. Y, aunque el fuego crepitase a lo lejos, necesitamos pinchar la maldita burbuja y darnos cuenta de que el mundo que legaremos a nuestros hijos es cada vez más un mundo en ruinas.

B.G.- Cheché—ese protagonista niño, pero no tan niño, o, por lo menos, no tan inocente—por un lado, inspira ternura y lástima y por otro, da miedo (en la portada, señalan su lado “monstruoso”). ¿Puedes elaborar sobre la paradoja y nuestra reconciliación con ella como lectores?

E.A.- No estoy seguro, al menos desde mi perspectiva como autor, que pueda ofrecer pistas a mis lectores acerca de su reconciliación o no con mi personaje. Tampoco considero que haya algo monstruoso en Cheché, ni siquiera paradójico, es únicamente un niño. Está aprendiendo a relacionarse con el mundo, y claro, los prismas a través de los cuales Cheché contempla ese mundo son, de un lado, el abandono de su madre; del otro, la enfermedad y muerte del abuelo Manuel, el horcón de la casa, bajo el cual se ha cobijado desde siempre, aunque, por suerte, encontrará solaz en su relación con Don Cornelio; y, sobre todo, un aprendizaje intelectual y emocional. Don Cornelio le ayudará a seguir expandiendo su universo poético, porque Cheché es una criatura llena de poesía, es decir, de esperanzas, nunca se ha dejado vencer por el dolor. Se encuentra en un viaje profundo hacia su propio ser, y en ese viaje, advierte en él la capacidad de transformar su dolor y su miedo, la desolación que siente, en belleza, pero, la belleza, como bien dijera Rainer María Rilke, “es el primer grado de lo terrible”. La mayoría de los seres humanos carecen del arrojo de conocerse a sí mismos, les da pavor mirarse tal cual, ver el hueso puro que serán mañana, saber que se alimentan para nutrir a la muerte, o a algo más que bajo nuestro empaque mortal no entenderemos. Cheché es capaz de adentrarse con una valentía heroica en esos predios ontológicos del ser.

B.G.- Si Primitiva Salazar pudiera hablarle a su hijo en un sueño o en una carta, ¿qué le diría?

E.A.- Nunca me lo he planteado, quizás le pediría perdón por abandonarlo, pero no creo que sea verdaderamente posible. Primitiva Salazar es una estatua muda, una virgen de cal, volviendo al concepto de trauma, ella misma se encuentra traumada de tal manera, que no tiene la capacidad de vencer ese miedo y liberarse mediante un proceso de catarsis.

B.G.- Hablando de ella, J.L. Serrano la describe como “esa protagonista ausente alrededor de la cual orbita toda la historia.” Yo diría, más bien, que el abuelo es el sol de la narración. ¿Tú qué opinas?

E.A.- Cierto que la trama de *El planeta rojo* gira en torno a Primitiva Salazar, pero el abuelo Manuel constituye esa fuente solar dadora de vida que mencionas. Incluso con su muerte, Cheché comprende que el abuelo seguirá siendo su ángel de la guarda. Pero, en oposición, existe el personaje oscuro de

Primitiva Salazar, especie de agujero negro hacia el cual todos los miedos de Cheché convergen, de alguna manera tendrá que convertirse en matricida para seguir, aunque, ¿de qué manera podríamos asesinar a una sombra?

B.G.- El mundo natural—los cangrejos, las flores, las arañas—tiene un rol protagónico en la obra. Le agrega a la historia un toque muy poético, sublime. ¿Qué significa que un niño vea el mundo así?

E.A.- Creo que se trata de tener una mirada hacia el mundo que nos circunda, el simple discernimiento de que no estamos solos, compartimos nuestro planeta con una infinidad de criaturas de diversos órdenes, y me refiero solo a los que nuestra limitada percepción consigue apenas entrever. ¿Te imaginas cuántos más permanecerán ocultos, soterrados en comarcas invisibles? Igualmente, tendemos a reducir el alcance de los niños, pero existe un nivel de comunicación instintivo, primitivo en ellos, inclusive en aquellos de meses, lo advierto en la relación de mi hija con su entorno, vocablo que hemos mencionado varias veces a lo largo de esta entrevista. Un niño de once años—la edad del protagonista en mi novela—está listo para acercarse a la poesía, al menos a una fracción de esa poesía inagotable que se halla dondequiera, y que cometo nuevamente el error de distorsionar al nombrarla con mi juicio nublado por la experiencia.

B.G.- La muerte es latente en casi cada capítulo, y Cheché casi se obsesiona con ella. ¿Qué implica el hecho de que un niño piense y hable tanto de la muerte... y de una forma tan explícita y gráfica? ¿Es justo que lo juzguemos? ¿O, deberíamos admirarle por su perspectiva tan... adulta?

E.A.- Me parece válido aclarar que no existe en lo absoluto una perspectiva adulta de la muerte en Cheché, somos nosotros quienes hemos perdido el lente para comprender que los niños llevan consigo esa percepción o intuición de la muerte. Por supuesto, regresamos a la tan mencionada noción del entorno. En su medio, el niño Cheché fue a unos cuantos velorios, y pudo atestiguar de cerca ese dormirse que parece eterno. En el medio de Cheché los hombres mueren y son velados en un cajón rústico de madera, y los compadres llegan a presentar sus respetos, y luego siguen sus conversaciones como si el muerto no estuviera allí. Continúan con el jolgorio de sus vidas quizás exactamente para aparentar que el muerto no está ahí, precediéndoles, recordándoles que son los próximos en esa ruleta sin escapatoria. En el mundo moderno, en lugar de velar, escondemos a nuestros muertos, al menos en las sociedades capitalistas, existe una espantosa “maquillación” de la muerte, para que tengamos esa visión idealizada de que, al morir, como apuntaba Lezama en su verso, nos brotan alas y vamos a

desafinar en algún coro de ángeles celestial. Aunque el verso del propio Lezama expresa duda en lugar de afirmación: “¿y si al morir no nos brotaran alas?”

B.G.- Se notan en los últimos capítulos de la novela ciertos cambios en el protagonista. ¿Estás de acuerdo que hay un toque de optimismo? ¿Podríamos calificar a tu obra como un *bildungsroman*?

E.A.- Por supuesto, podríamos decir que se trata de una novela de aprendizaje, existe incluso un doble aprendizaje, el de Cheché como personaje, y el mío propio como narrador, dado que se trata de mi primera novela. En cuanto al toque de optimismo, sí que lo hay, pero no solo hacia el final de la obra. Cheché es un optimista por naturaleza, que tiene unas ganas inmensas de vivir, o de morir y de entregarse a algo más grande, porque, lo que hasta ahora hemos entendido limitadamente como muerte podría ser la esperanza de otro mundo posible.

B.G.- Cada autor tiene sus influencias. ¿Quiénes han sido los tuyos?

E.A.- No hay nada nuevo bajo el sol, de ahí que no creo en la originalidad, para mí el concepto realmente valioso es el de autenticidad, un escritor puede aspirar nada más que a escribir algo auténtico. Dicho esto, hay múltiples influencias en mi vida y obra. Primero, la educación sentimental que recibí de mis mayores, de mi abuelo Ossian Almaguer González, y de Orlando Cedeño, un sobrino suyo, que es el arquetipo a partir del cual construí el personaje de Don Cornelio. Asimismo, mis primeras influencias literarias fuertes son poetas como César Vallejo, Fernando Pessoa, Alejandra Pizarnik, Rainer María Rilke y Jorge Luis Borges (menciono apenas algunos nombres fundamentales, aunque esa lista de nombres fundamentales sería demasiado extensa.) Lo mismo respecto a los prosistas y sus respectivos protagonistas. Aquí cito a Borges a quien ya mencioné como poeta, Rulfo, Cortázar, Faulkner, Cormac McCarthy, Vargas Llosa, Thomas Mann, Dostoievski, Virginia Woolf, Clarice Lispector, Marguerite Yourcenar...

B.G.- Para concluir. ¿En qué estás trabajando ahora? ¿Puedes darnos una pista?

E.A.- Ahora mismo trabajo en la crianza de mi hija, algo más arduo y emocionante que todas las novelas escritas y por escribir.